

**Zen y el arte
del mantenimiento de la motocicleta
Una indagación sobre los valores**

ROBERT M. PIRSIG

**Zen y el arte
del mantenimiento de la motocicleta
Una indagación de sobre los valores**

ROBERT M. PIRSIG

TRADUCCIÓN DE RENATO VALENZUELA MOLINA



sextopiso

Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,
transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Título original
Zen and the Art of Motorcycle Maintenance
An Inquiry into Values

Copyright © 1974, 1999 by Robert M. Pirsig
All rights reserved
Published by arrangement with HarperCollins Publishers, Inc.

Primera edición en SEXTO PISO ESPAÑA: 2010

Traducción
RENATO VALENZUELA MOLINA

Fotografía de portada
ALBERTO GARCÍA-ALIX

Copyright © EDITORIAL SEXTO PISO, S.A. DE C.V., 2008
San Miguel # 36
Colonia Barrio San Lucas
Coyoacán, 04030
México D. F., México

SEXTO PISO ESPAÑA, S. L.
c/ Monte Esquinza 13, 4.º Dcha.
28010, Madrid, España.

www.sextopiso.com

Diseño
ESTUDIO JOAQUÍN GALLEGO

ISBN: 978-84-96867-52-9
Depósito legal:

Impreso en España

ÍNDICE

Nota del autor	11
Primera parte	13
Capítulo 1	15
Capítulo 2	32
Capítulo 3	43
Capítulo 4	54
Capítulo 5	65
Capítulo 6	82
Capítulo 7	94
Segunda parte	109
Capítulo 8	111
Capítulo 9	122
Capítulo 10	129
Capítulo 11	137
Capítulo 12	157
Capítulo 13	167
Capítulo 14	177
Capítulo 15	199
Tercera parte	211
Capítulo 16	213
Capítulo 17	230
Capítulo 18	241
Capítulo 19	257

Capítulo 20	273
Capítulo 21	288
Capítulo 22	293
Capítulo 23	309
Capítulo 24	311
Capítulo 25	328
Capítulo 26	340
Cuarta parte	371
Capítulo 27	373
Capítulo 28	376
Capítulo 29	400
Capítulo 30	432
Capítulo 31	451
Capítulo 32	462
Epílogo	466
Introducción para la edición del vigésimo quinto aniversario	473

Para mi familia

NOTA DEL AUTOR

Lo que sigue está basado en hechos reales. Aunque mucho ha sido cambiado con fines retóricos, debe considerarse en su esencia como real. Sin embargo, de ningún modo debería asociarse con ese gran cuerpo de información fáctica que se relaciona con la práctica del budismo zen ortodoxo. Tampoco es demasiado exacto en lo que se refiere a las motocicletas.

Y qué es bueno, Fedro,

y qué no es bueno.

¿Necesitamos pedir a alguien que nos lo diga?

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO 1

Sin quitar la mano del manillar izquierdo de la moto, puedo ver en mi reloj que son las ocho y media de la mañana. El viento, aun yendo a cien kilómetros por hora, es tibio y húmedo.

Si a esta hora es tan cálido y pegajoso, me pregunto cómo será por la tarde.

En el viento hay acres olores de las ciénagas junto al camino. Estamos en un área de Central Plains repleta de miles de pantanos para la caza de patos, que se extienden hacia el noroeste desde Minneapolis hasta los montes de Dakota. Ésta es una vieja carretera de hormigón de dos pistas que no ha tenido mucho tráfico desde que, hace ya varios años, se construyó otra de cuatro pistas paralela a ella. Cuando pasamos alguna marisma de pronto el aire se hace más fresco. Luego, cuando la sobrepasamos, vuelve a calentarse de repente.

Me siento feliz de estar recorriendo una vez más esta región. Es una especie de «ninguna parte», famosa por nada que no sea justamente eso. La tensión desaparece cuando se va por estos caminos. Damos tumbos a lo largo del machacado asfalto entre totoras y trechos de vegas y luego más totorales y vegetación de pantanos. Aquí y allá hay un trecho de agua, y si miras bien puedes ver patos silvestres al borde de los totorales. Y tórtolas... Allí hay un tordo alirrojo.

Golpeo la rodilla de Chris y se lo señalo.

—¡¿Qué!?! —grita.

—¡Un tordo!

Dice algo que no oigo.

Agarra la parte de atrás de mi casco y aúlla: «¡He visto montones de esos, papá!».

—¡Ah! —vuelvo a gritar. Después asiento con la cabeza. A los once años a uno no le impresionan demasiado los tordos alirrojos.

Para eso tienes que madurar. Para mí todo está mezclado con recuerdos que él no tiene. Como las frías mañanas de hace muchos años, cuando el pasto de los pantanos se había marchitado y las cañas se batían con el viento del nordeste. El olor acre provenía entonces del barro batido por las botas altas, mientras nos apostábamos esperando que apareciera el sol y comenzara la temporada de la caza de patos. O los inviernos, cuando los pantanos estaban congelados y muertos y yo podía caminar a través del hielo y la nieve, entre la muerta vegetación, y no ver otra cosa que cielos grises, cosas muertas y frío. Los tordos ya habían emigrado. Pero ahora en julio están de regreso y todo está lleno de vida. Cada metro de estos pantanos está vibrando, chirriando, zumbando y trinando, una comunidad de millones de cosas vivas viviendo en una especie de benévolo continuo.

Cuando vas de vacaciones en moto ves las cosas de forma totalmente diferente. En un coche siempre estás dentro de un habitáculo y, por estar acostumbrado a eso, no te das cuenta de que a través de la ventanilla todo lo que ves es sólo una extensión de la televisión. Eres un observador pasivo y todo se mueve lentamente a tu lado, como en un marco.

En una moto el marco desaparece. Estás en completo contacto con todo. Estás *dentro* de la escena, no tan sólo contemplándola, y la sensación de presencia es abrumadora. Ese hormigón que pasa zumbando a diez centímetros de tus pies es lo real, el material sobre el que caminas está allí mismo, tan borroso que no puedes enfocararlo, sin embargo en cualquier momento puedes bajar el pie y tocarlo, y todo el asunto, la experiencia total, permanece siempre en tu conciencia inmediata.

Chris y yo viajamos a Montana con unos amigos que se han adelantado, y tal vez vayamos más lejos aún. Los planes son deliberadamente imprecisos, más por el hecho de viajar que para llegar a alguna parte. Sólo estamos de vacaciones.

Preferimos los caminos secundarios. Los mejores son las carreteras provinciales pavimentadas, después las autopistas estatales. Los peores son las autopistas de alta velocidad. Queremos hacer un buen tiempo, pero para nosotros el énfasis al medirlo está en «buen» más que en «tiempo» y cuando cambias ese énfasis la perspectiva cambia por completo. Los caminos serpenteantes y empinados son largos en términos de segundos, pero los disfrutas mucho más en una moto, donde puedes inclinarte en las curvas y no te columpias de lado a lado en el interior de un habitáculo. Los caminos con poco tráfico son mucho más agradables y también más seguros. Las vías sin moteles ni anuncios son aún mejores, caminos donde los bosquecillos, pantanos, huertos y prados casi te llegan al hombro; donde los chicos te hacen señas cuando pasas por su lado; donde las personas miran desde sus porches para ver quién es; donde cuando te detienes para preguntar alguna dirección o información las respuestas tienden a ser, en vez de breves, más largas de lo que querías; donde la gente te pregunta de dónde eres y cuánto tiempo llevas conduciendo.

Hace algunos años, a mi esposa, a nuestros amigos y a mí empezaron a cautivarnos estos caminos. Por aquel entonces los tomábamos de vez en cuando para variar o para coger un atajo a otra carretera principal, y el paisaje siempre era estupendo y dejábamos el camino con una sensación de relajación y gozo. Hacíamos esto una y otra vez antes de rendirnos a la evidencia: estos caminos son verdaderamente diferentes de los principales. El modo de vida y la personalidad de la gente que vive junto a ellos son distintos. No van a ninguna parte. No están demasiado ocupados para ser corteses. El aquí y el ahora de las cosas es algo que todos ellos conocen. Son los otros —los que hace años se mudaron a las ciudades y perdieron sus retoños— quienes lo han olvidado. Este descubrimiento fue un verdadero hallazgo.

Me he preguntado qué nos impidió captarlo durante tanto tiempo. Lo veíamos y sin embargo no lo veíamos. O más bien estábamos entrenados para *no* verlo. Encaminados, quizás, a

pensar que lo real era lo metropolitano y que todo esto era sólo un aburrido suburbio. Era algo intrigante. La verdad llama a tu puerta y uno dice: «Vete, estoy buscando la verdad», y así la ahuyentas. Intrigante.

Pero una vez que lo captamos, nada nos podía alejar de estos caminos los fines de semana, los atardeceres, las vacaciones. Nos hemos convertido en verdaderos motoristas fanáticos de los caminos secundarios y hemos descubierto que se aprenden muchas cosas al transitarlos.

Por ejemplo, hemos aprendido a situar los buenos caminos en un mapa. Si la línea zigzaguea, ése es bueno; eso significa cerros; si aparenta ser la ruta principal entre un pueblo y una ciudad, entonces es malo. Los mejores caminos siempre conectan ninguna parte con ninguna parte y siempre tienen una alternativa que te lleva allí más rápido. Si te diriges hacia el nordeste desde una ciudad grande, durante un buen trecho, nunca sales directo de la ciudad. Sales y luego empiezas a correr hacia el norte, luego al este, después de nuevo al norte, y pronto te encuentras en una ruta secundaria que sólo los locales utilizan.

La habilidad principal es tratar de no perderse. Dado que los caminos sólo los usa la gente local, que los conocen a simple vista, nadie se queja si los cruces no están señalizados. Y a menudo no lo están. Cuando sí lo están, lo corriente es que se trate sólo de un pequeño letrero que se oculta sin molestar entre las malezas, y eso es todo. Los fabricantes de señalizaciones para carreteras secundarias rara vez los repiten. Si pasas por alto ese letrero entre los matorrales es *tu* problema, no el suyo. Y de vez en cuando descubres que tu «carretera secundaria» te lleva a una de dos sentidos y enseguida a una de un sentido y luego a un pastizal y se corta, si es que no te deja en el patio trasero de alguna granja.

Así es que navegamos principalmente por puro instinto y deducción de las pistas que vamos hallando. Yo llevo una brújula en mi bolsillo para los días nublados, cuando el sol no señala direcciones, y sobre el depósito de la gasolina llevo un

mapa donde puedo mantenerme informado de los kilómetros recorridos desde el último desvío, y así saber qué buscar. Con estos instrumentos y sin presión por «llegar a alguna parte» funcionamos perfectamente y casi tenemos todo Estados Unidos sólo para nosotros.

Los fines de semana del día del Trabajo y el día del Recuerdo recorreremos kilómetros y kilómetros por estos caminos sin ver otro vehículo, luego cruzamos una carretera federal y observamos los parachoques de los automóviles topándose unos con otros hasta el horizonte mismo. En su interior rostros malhumorados. Niños llorando en el asiento trasero. Me gustaría que hubiera alguna forma de decirles algo, pero ellos fruncen el ceño y parecen andar siempre con prisa... y no la hay.

He visto estos pantanos miles de veces, y sin embargo cada vez me parecen distintos. Es un error considerarlos apacibles. Podría decirse que son crueles e insensatos; son todas estas cosas, pero su *realidad* rehúye concepciones intermedias. ¡Allí! Una gran bandada de tordos alirrojos asciende desde sus nidos en los cañizares, sobresaltados por nuestro ruido. Le doy un toque a Chris en la rodilla por segunda vez... luego recuerdo que ya los ha visto antes.

—¡¿Qué?! —grita otra vez.

—Nada.

—Bueno, ¿qué?

—Sólo estaba asegurándome de que todavía estás ahí —grito, y no decimos nada más.

A menos que te guste gritar no es mucha la conversación que puedes mantener en una moto en marcha. En lugar de eso te pasas el tiempo percibiendo cosas y meditando sobre ellas. En las vistas y sonidos, en el estado del tiempo y en cosas que recuerdas, en la máquina o en el paraje en el que te encuentras, pensando relajada y prolongadamente sin que te metan prisa, sin sentir que estás perdiendo el tiempo.

Lo que me gustaría hacer ahora es usar ese tiempo para conversar sobre algunas cosas que se me vienen a la mente.

Vamos con tanta prisa la mayor parte del tiempo que nunca tenemos muchas oportunidades de charlar. El resultado es una especie de interminable superficialidad cotidiana, una monotonía que deja a la persona preguntándose, años más tarde, adónde se fue el tiempo y lamentando que se haya ido. Ahora que tenemos algo de tiempo, y lo sabemos, me agradaría ocuparlo conversando con cierta profundidad sobre temas que parecen importantes.

Lo que tenemos en mente es una especie de Chautauqua —único nombre que se me ocurre— como aquellas tiendas itinerantes que los Chautauquas usaban para trasladarse a través de los Estados Unidos, *estos* Estados Unidos en los que estamos ahora, dando una serie de añejas charlas populares destinadas a edificar y entretener, a avivar la mente y llevar cultura y claridad a los oídos y pensamientos del oyente. Los Chautauquas fueron desplazados por el ritmo vertiginoso de la radio, el cine y la televisión, y parece que el cambio no constituyó una mejora real. Quizá porque a raíz de estos cambios la corriente de la conciencia nacional se mueve ahora más rápido y abarca más, pero parece calar menos hondo. Los viejos canales la retienen, y en la búsqueda de otros nuevos parece estar creciendo el caos y la destrucción en sus riberas. No me gustaría abrir ningún nuevo canal de conciencia en esta Chautauqua, sino simplemente cavar más hondo en los antiguos que se han embancado con desechos de ideas envejecidas y con lugares comunes demasiado repetidos. «¿Qué hay de nuevo?», es la eterna pregunta, amplia e interesante, que si se persigue de forma exclusiva acaba sólo en un interminable desfile de banalidades y modas, el sedimento de mañana. «¿Qué hay mejor?», es una pregunta que cala más hondo pero menos extensamente; un interrogante cuyas respuestas tienden a arrastrar el cieno corriente abajo. Hubo épocas en la historia de la humanidad en las que los canales de pensamiento fueron cavados más a lo hondo que a lo ancho y en las que ningún cambio era posible, nunca sucedía nada nuevo y «mejor» era materia de dogma, pero ésa no es la situación actual. Ahora la corriente de nuestra conciencia

común parece estar obstruyendo sus propios bancos, perdiendo su cauce principal, anegando las tierras bajas, desconectando y aislando las tierras altas, sin ningún propósito especial, más que la dilapidante satisfacción de su propio impulso interno. Parece ser necesario ahondar algunos canales.

Mucho más adelante, los otros motoristas, John Sutherland y su mujer Sylvia, han hecho un alto en un área de descanso junto al camino. Es momento de descansar. Cuando empujo mi moto junto a la de ellos, Sylvia está quitándose el casco y soltándose el pelo, mientras John coloca su BMW en el soporte. No se habla. Hemos estado juntos en tantísimos viajes que con una mirada sabemos cómo se siente el otro. En este momento sólo estamos callados y mirando a nuestro alrededor.

A una hora tan temprana las mesas están abandonadas. Tenemos todo el lugar a nuestra disposición. John cruza el césped hasta una bomba de hierro y comienza a bombear agua para beber. Chris vaga a través de algunos árboles más allá de un montículo cubierto de pasto, hacia un pequeño arroyo. Yo sólo estoy mirando.

Después de un rato, Sylvia se sienta en el banco de madera y estira las piernas, levantando lentamente una cada vez sin mirar hacia arriba. Los silencios largos le parecen lúgubres, se lo digo. Ella mira hacia arriba y después otra vez hacia abajo.

—Es toda esa gente que venía de vuelta en los coches —dice—. El primero parecía tan triste. Y luego el segundo tenía el mismo aspecto, y después el otro, y el otro, todos igual.

—Sólo estaban de camino al trabajo.

Ella se dio cuenta de la situación, pero no había nada de extraño en ello. «Bueno, ya sabes, *trabajo* —repito—. Lunes por la mañana. Semidormidos. ¿Quién sale sonriendo a trabajar el lunes por la mañana?».

—Es que parecían tan *perdidos* —dice—. Como si todos estuvieran muertos. Como un cortejo fúnebre. Después baja ambos pies y los deja allí.

Capto lo que está diciendo, pero lógicamente eso no lleva a ninguna parte. Uno trabaja para vivir y eso es lo que ellos hacen. «Yo estuve observando los pantanos», digo.

Después de un rato me mira y dice: «¿Qué es lo que has visto?».

—Había toda una bandada de tordos alirrojos. Alzaron el vuelo súbitamente cuando pasamos.

—Oh.

—Me sentí feliz de volver a verlos, ¿sabes? Ellos consiguen vincular las cosas, los pensamientos y cosas así.

Piensa un momento y luego, con los árboles verde oscuro detrás de ella, sonrío. Ella entiende un tipo peculiar de lenguaje, que nada tiene que ver con lo que uno está diciendo. Como una hija.

—Sí —dice—, son hermosos.

—Obsérvalos —digo.

—Muy bien.

John aparece y revisa la dirección de su moto. Ajusta unos cables y luego abre la alforja y empieza a hurgar en ella. Pone algunas cosas en el suelo. «Si llegas a necesitar un cable, no dudes en pedírmelo —dice—. ¡Dios!, creo que aquí tengo unas cinco veces lo que podría necesitar».

—Aún no —contesto.

—¿Cerillas? —dice, todavía hurgando—. ¿Protección solar, peines, cordones de zapatos...? ¿*cordones de zapatos*? ¿Para qué los necesitamos?

—No empecemos con eso —dice Sylvia. Se miran sin expresión y enseguida ambos me miran a mí.

—Los cordones pueden romperse en cualquier momento —digo solemne. Sonríen, pero no el uno al otro.

Pronto aparece Chris y ya es la hora de irse. Mientras se alista y monta, ellos parten. Sylvia hace señales y yo los observo alejarse.

Esta pareja inspiró la Chautauqua que tengo en mente para este viaje hace muchos meses y tal vez, aunque no lo aseguro, se relaciona con un trasfondo de problemas entre ellos.

Supongo que las desavenencias son normales en cualquier matrimonio, pero en su caso parecen más trágicas. Al menos para mí.

No es un choque de personalidades; es algo más, de lo que ninguno tiene la culpa, pero para lo que ninguno de ellos tiene la solución; yo tampoco creo tenerla, sólo ideas.

Las ideas comenzaron con lo que parecía ser una pequeña diferencia de opiniones entre John y yo sobre un asunto de escasa importancia: cuánto tiempo debería uno mismo ocuparse del mantenimiento de su propia moto. Me parece lo normal hacer uso de las herramientas y del folleto de instrucciones que entregan con cada moto, y mantenerla yo mismo puesta a punto y ajustada. John no piensa lo mismo. Él prefiere dejar que un mecánico competente se ocupe de ello. Ninguno de los puntos de vista es inusual, y esa pequeña diferencia nunca se hubiera magnificado si no pasáramos tanto tiempo viajando juntos, sentados en cantinas rurales bebiendo cerveza y hablando de lo que se nos venga a la mente. Lo que se viene a la cabeza, por lo general, es lo que sea que hayamos estado pensando en la media o tres cuartos de hora pasados desde la última vez que hablamos. Cuando son los caminos o el tiempo o la gente o viejos recuerdos o lo que aparece en los diarios, la conversación surge natural y placentera. Pero cuando el funcionamiento de la máquina ha estado en mi cabeza y entra en la conversación, la fluidez se termina. La conversación se estanca. Hay un silencio y una ruptura en la continuidad. Es como si dos viejos amigos, un católico y un protestante, estuvieran sentados tomando cerveza, disfrutando de la vida, y de algún modo surgiera el tema del control de la natalidad. Se produce un enfriamiento.

Y, por supuesto, cuando descubres algo así es como descubrirte un diente al que le falta un empaste. No lo puedes dejar tranquilo. Tienes que hurgar en él, toquetearlo, empujarlo, pensar en él. No porque sea agradable sino porque está en tu mente y no se apartará de ella. Y mientras más hurgo y presiono sobre este asunto del mantenimiento de la motocicleta, más

se enfada, y eso por supuesto me hace desear hurgar y presionar aún más. No para irritarlo deliberadamente, sino porque la irritación parece un síntoma de algo más profundo, algo que está por debajo de la superficie y que no se ve a simple vista.

Cuando estás hablando del control de la natalidad, lo que entorpece y enfría la conversación no es que se esté discutiendo sobre si hay más o menos bebés. Eso es sólo lo superficial. Lo que subyace es un conflicto de fe, de fe en la planificación social empírica contra la fe en la autoridad de Dios como fue revelada por las enseñanzas de la Iglesia católica. Puedes probar lo práctica que es la paternidad planeada hasta que te aburres de oírte a ti mismo y ves que no llegas a ninguna parte porque tu contrario no parte de la suposición de que algo socialmente práctico es bueno *per se*. La bondad para él tiene otras fuentes que valora tanto o más que la utilidad social práctica.

Lo mismo pasa con John. Podría predicar sobre el valor y mérito del mantenimiento de la motocicleta hasta quedar ronco y no haría mella en él. Después de dos frases sobre el tema, los ojos se le ponen vidriosos y cambia la conversación o mira hacia otro lado. No quiere oír nada al respecto.

Sylvia está completamente de acuerdo con él en esto. De hecho es quizá hasta más radical. «Es otra cosa totalmente distinta», dice, cuando está pensativa. «Como la basura», dice, cuando no lo está. Ellos *no* lo quieren entender. Ni *oír* hablar de ello. Y cuanto más trato de profundizar en lo que me hace disfrutar el trabajo mecánico y ellos a odiarlo, más quiero evitarlo. La causa última de esta diferencia de opiniones, algo menor en su origen, parece ser muy, muy honda.

Ellos descartan de inmediato la incapacidad. Ambos son bastante brillantes. Cada uno podría aprender en una hora y media a arreglar una moto si pusieran todas sus energías en hacerlo, y el ahorro de dinero, preocupación y retrasos les devolvería con creces tal esfuerzo. Y ellos lo *saben*. O tal vez no. No lo sé. Nunca les planteo la cuestión. Es mejor dejarlo pasar.

Pero recuerdo cierta ocasión, estando fuera de un bar en Savage, Minnesota, en un día realmente caluroso, que estuve a punto de caer en la tentación de planteárselo. Habíamos estado en el bar cerca de una hora y cuando salimos las motos estaban tan calientes que casi no podíamos montarnos. Yo había puesto en marcha el motor y estaba listo para salir, y allí estaba John intentando arrancar. Olía a gasolina como si estuviéramos junto a una refinería y se lo dije, pensando que esto era suficiente para que supiera que su motor se había ahogado.

«Sí, yo también lo huelo», dijo, y siguió intentándolo. Y acciona una y otra vez la palanca de arranque, y yo no sé qué más decir. Al final está exhausto; el sudor le corre por la cara y no puede seguir intentando arrancarla. Entonces le sugiero quitar las bujías, secarlas y airear los cilindros mientras volvemos a tomarnos otra cerveza.

«¡No, no!» . No quiere meterse en todo ese enredo.

—¿En qué enredo?

—En el de sacar las herramientas y todo ese lío. No hay razón para que no arranque. Es una máquina flamante y estoy siguiendo perfectamente las instrucciones. ¿Ves? Tiene el paso del aire bien cerrado, como se dice.

—¡Bien *cerrado!*

—Eso dicen las instrucciones.

—¡Eso es para cuando está en *frío!*

—Bueno, hemos estado aquí por lo menos media hora —dice.

Estoy a punto de estallar. «Éste es un día caluroso, John —digo—. Y tardan mucho más de media hora en enfriarse, incluso aunque haga frío».

Se rasca la cabeza. «Bueno, ¿por qué no te lo advierten en las instrucciones?». Abre el paso del aire y al segundo golpe, arranca. «Me imagino que era eso», dice entusiasmado.

Al día siguiente estábamos en la misma zona y volvió a suceder. Esta vez yo estaba decidido a no decir palabra, y cuando mi mujer me dijo que me acercara y que le ayudara, negué con la cabeza. Le dije que mientras no sintiera la necesidad le

desagradaría que le ayudara, así que seguimos algunos metros y nos sentamos a la sombra a esperar.

Observé que estaba siendo demasiado cortés con Sylvia mientras bombeaba, lo que significaba que estaba furioso y ella miraba con cara de «¡Oh Dios!». Si tan sólo me lo hubiera perdido, yo me habría acercado de inmediato para ayudarlo, pero él no quería. Debieron pasar quince minutos antes de que lograra encenderla.

Más tarde estábamos tomándonos de nuevo una cerveza en Lake Minnetonka y todos conversábamos, pero él estaba callado y me di cuenta de que estaba dándole vueltas al asunto. Después de todo ese tiempo, por fin, tal vez para relajarse, dijo: «¿Sabes?... cuando no arranca... realmente me convierto en un *monstruo* por dentro. Simplemente me vuelvo paranoico». Esto pareció calmarlo y agregó: «Sólo tenían *esta* moto, ¿ves? Esta *mierda*. Y no sabían qué hacer con ella, si devolverla a la fábrica o venderla como chatarra... y en ese momento llegué yo, en el último minuto *me* vieron venir con mil ochocientos de los grandes en el bolsillo. Y entonces se dieron cuenta de que su problema se había solucionado».

Como una especie de soniquete repetí el argumento de la puesta a punto y él trató de escucharme como pudo. A veces de verdad lo intenta. Pero volvió a bloquearse y se fue al bar a invitarnos a otra ronda y se dio por terminado el tema.

No es testarudo, ni de mentalidad estrecha, ni flojo, ni estúpido. No había una explicación sencilla, así es que quedó en el aire una especie de misterio del que uno desiste porque no tiene sentido seguir dándole vueltas en busca de una respuesta inexistente.

Pensé que quizá en este asunto era yo el raro, pero lo descarté. La mayoría de los motoristas saben cómo mantener sus máquinas a punto. Los dueños de un coche por lo general no tocan el motor, pero es que cualquier ciudad, sea cual sea su tamaño, tiene un garaje con costosas grúas, herramientas especiales y mecánicos que un conductor corriente no podría permitirse. Y el motor de un coche es más complejo e inaccesible

que el de una moto, así que esto tiene más sentido. Pero para la moto de John, una BMW R60, podría apostar que no hay un mecánico de aquí a Salt Lake City. Si sus agujas o bujías se queman, está perdido. Yo sé que no lleva un juego de agujas de recambio; no tiene ni idea de qué son las agujas. Si se le estropean en la zona oeste de Dakota del sur o de Montana no sé qué va a hacer. A lo mejor vendérsela a los indios. En este momento sé lo que está haciendo. Está evitando cuidadosamente pensar siquiera en el asunto. La BMW es famosa por no dar problemas en la carretera y él cuenta con eso.

Podría haber pensado que ésta era una actitud suya respecto a las motos, pero más tarde descubrí que se extendía a otras cosas... Esperándolos una mañana en su cocina para comenzar el viaje, observé que la llave del lavaplatos estaba goteando, y recordé que la última vez que había estado allí también goteaba y que en realidad había estado goteando desde que tenía memoria. Se lo comenté a John y dijo que había tratado de repararla con una anilla nueva, pero que no había dado resultado. Eso fue todo lo que respondió, de lo que deduje que no había más que hablar. Si tratas de arreglar una llave de agua y el arreglo no funciona, estás destinado a vivir con un grifo que gotea.

Me pregunté si no les crispaba los nervios este sonidito, semana tras semana, año tras año; a ellos ni les preocupaba ni les irritaba, así que llegué a la conclusión de que no les molestan cosas como una llave goteando. Hay personas así.

¿Qué fue lo que cambió esta conclusión?, no lo recuerdo... ¿Alguna intuición, alguna percepción, quizá algún sutil cambio en la actitud de Sylvia cuando el goteo era demasiado ruidoso y ella estaba tratando de hablar? Ella tiene una voz muy suave. Y un día, cuando intentaba hablar por encima del goteo y los chicos llegaron y la interrumpieron, se enfadó con ellos. Yo creo que su rabia con los niños no habría sido tanta si la llave no hubiese estado también goteando cuando intentaba hablar. Fue el goteo, combinado con los ruidosos chiquillos, lo que la hizo explotar. Lo que me impresionó mucho fue que

no culpaba a la llave, y que *deliberadamente* no lo hiciera. ¡No estaba en absoluto ignorando la llave! ¡Estaba *reprimiendo* su ira por la llave, y esa maldita llave la estaba casi *matando* con su goteo! Pero por alguna razón no podía admitirlo.

«¿Por qué reprimir la rabia contra una llave que gotea?», me preguntaba.

Entonces eso se juntó con el mantenimiento de la motocicleta y se me encendió un foco en la cabeza y pensé: «¡Ahhhhhhhh!».

No es el mantenimiento de la moto, ni la llave. Lo que no pueden aceptar es la tecnología. Y luego toda suerte de cosas empezaron a encajar y supe que ésa era la razón: la irritación de Sylvia con un amigo que pensaba que la programación de una computadora era «creativa»; sus dibujos, pinturas y fotografías no contienen nada tecnológico. Por supuesto que no va a irritarse con esa llave, pensé. Uno siempre reprime la ira esporádica ante algo que odia profunda y permanentemente. Por supuesto John se retrae cada vez que surge el tema de la reparación de la moto, aun cuando es obvio que lo está haciendo sufrir. Se trata de la tecnología. Desde luego. Es tan sencillo cuando te das cuenta. Escapar de la tecnología saliendo al campo y al aire libre es la razón primordial de que se suban en la moto. El que yo los devuelva al lugar de donde ellos piensan que por fin han escapado, los enfría a ambos tremendamente. Esa es la razón por la que la conversación siempre se rompe y se enfría cuando surge el tema.

Hay otras cosas que también encajan. Ellos hablan de vez en cuando de «eso» o de «todo eso», como en la frase: «No es posible escapar de eso». Y si yo preguntara: «¿De qué?», la respuesta podría ser: «De todo eso», o de «Todo eso tan organizado», o incluso «El sistema». Silvia dijo una vez a la defensiva: «Bien, tú sabes cómo *manejar* eso», lo cual me cabreó tanto que se me hizo difícil preguntar qué era «eso» y me quedé algo intrigado. Pensé que «eso» era algo más misterioso que la tecnología. Pero ahora veo que «eso» era principalmente, si es que no totalmente, la tecnología. Pero eso

tampoco suena estrictamente exacto y definido. «Eso» es una especie de fuerza que hace surgir la tecnología, algo indefinido, inhumano, mecánico, inerte, un monstruo ciego, una fuerza mortal. Algo espantoso de lo cual están huyendo, pero que saben que jamás podrán eludir. Quizá estoy haciéndolo parecer demasiado grave, pero esto es lo que es, en una forma menos enfática y menos enredada. En alguna parte hay personas que lo entienden y que lo manejan; esos tecnólogos hablan un lenguaje no humano cuando describen lo que hacen; todo son partes y relaciones de cosas inauditas que jamás tienen sentido, aunque las oigas mencionar con frecuencia. Y sus cosas, su monstruo, sigue devorando tierras y contaminando su aire y sus lagos; no hay modo de contrarrestarlo, y casi ninguna forma de escapar de él.

No es extraño adoptar esa actitud. Pasas por la zona industrial de una gran ciudad y ahí está, la tecnología. Frente a ella hay cercos de alambre de púas, portones cerrados, letreros que dicen NO PASAR, y más allá, a través del aire cargado de hollín, ves feas y extrañas estructuras de metal y de ladrillos cuyo propósito se desconoce y a cuyos dueños jamás lograrás ver. No sabes para qué sirve, ni por qué está ahí; nadie puede decirlo, así que lo único que sientes es alienación y extrañamiento, como si te excluyera. Quien posee y entiende esto no quiere verte rondando alrededor. De alguna manera toda esta tecnología ha hecho de ti un extranjero en tu propia tierra. Su misma forma y aspecto misterioso te dicen: «Sal de aquí». Sabes que en alguna parte existe una explicación para todo esto y que lo que está haciendo sin duda sirve a la humanidad de alguna forma indirecta, pero no es lo que tú ves. Lo que ves son letreros de NO ENTRAR, PROHIBIDO EL PASO y no algo que sirva a la gente sino a criaturas diminutas, como hormigas, que prestan sus servicios a estas extrañas e incomprensibles estructuras. Y piensas, aun si yo fuera parte de esto, aun si no fuera un extraño, sería sólo una hormiga más que sirve a las estructuras. De modo que el sentimiento final es hostil, y pienso que al final eso es lo que subyace en la de otra manera inexplicable actitud

de John y Sylvia. Cualquier cosa que tenga relación con válvulas, ejes y llaves de tuerca es parte de *ese* mundo deshumanizado, y prefieren no pensar en «eso». No quieren meterse en eso.

Si esto es así, no están solos. No hay duda de que han estado siguiendo sus sentimientos naturales sin tratar de imitar a nadie. Muchos otros también siguen sus instintos naturales sin tratar de imitar a otros; los sentimientos naturales de mucha gente son similares en este tema, de modo que al mirarlos en conjunto, como hacen los periodistas, te da la sensación de estar viendo un movimiento masivo, un movimiento anti-tecnológico de masas, toda una política emergente de izquierda antitecnológica, que surge en apariencia de ninguna parte y que dice: «Fuera la tecnología. Hagámoslo de otra manera. No lo hagan aquí». Esta política está aún constreñida por una fina telaraña de lógica que señala que sin las fábricas no hay ni empleo ni calidad de vida. Pero hay fuerzas humanas más fuertes que la lógica; siempre las ha habido, y si se vuelven lo bastante fuertes en su odio a la tecnología, la telaraña puede romperse.

Se han creado clichés y estereotipos como *beatnik* o *hippie* para denominar a los antitecnólogos, a la gente antisistema, y continuarán haciéndolo. Pero uno no convierte a un individuo en miembro de la masa simplemente acuñando el término *masa*. John y Sylvia no son gente de la masa ni lo son muchos de los que siguen su mismo camino. Ellos parecen estar rebelándose contra ser un miembro de la masa. Sienten que la tecnología tiene muchísimo que ver con las fuerzas que están tratando de convertirlos en gente de la masa, y eso no les gusta. Hasta ahora ha sido una resistencia principalmente pasiva, escapadas hacia las áreas rurales cuando les es posible y cosas así, pero no siempre será tan pasiva.

No estoy de acuerdo con ellos en lo que respecta al mantenimiento de la motocicleta, pero no porque no simpatice con sus sentimientos sobre la tecnología. Simplemente pienso que su escape de la tecnología y su odio hacia ella es autodestructivo. El Buda, la Cabeza Divina, reside en los circuitos de

un ordenador digital o en los cambios de la transmisión de una moto con igual comodidad que lo hace viviendo en la cima de una montaña o en los pétalos de una flor. Pensar de otra manera es menospreciar al Buda, lo que equivale a menospreciarnos a nosotros mismos. De eso es de lo que quiero hablar en esta Chautauqua.

Ya hemos dejado atrás las ciénagas, pero el aire aún es tan húmedo que se puede mirar directamente el círculo amarillo del sol como si en el cielo hubiera humo o contaminación. Pero ahora estamos ya en el campo verde. Las casas de las granjas son limpias, blancas y frescas. Y no hay ni humo ni contaminación.